

III Concurso de Lectura en Público **Categoría B- Individual (Secundaria)**

"Los soldados lloran de noche". Ana María Matute. Ediciones Destino.

El autobús llevaba un rato parado, trepidando. Desde la ventanilla veía al chófer, con su jersey verde oscuro, de cuello alto, hablando agitadamente con el dueño del café. La plazuela aún resplandecía, con aquel sol absolutamente salvaje, en contraste con los letreros de la fonda, con los veladores de mármol redondo y frío, con el polvo que el viento levantaba, por sobre el puente. Aquel sol, una bola roja y densa, parecía agarrarse al cielo como un molusco. Llevaban más de diez minutos, lo menos un cuarto de hora, así: parados en la plazuela, el chófer hablando con el del café, el sol luchando con el fin de la tarde. Dentro del autobús, la gente se impacientaba. Eran todos, o casi todos, campesinos, con trajes negros y el cuello de la camisa abotonado, sin corbata. Mujeres, hombres, de rostros espesos y ojos quietos, de brillo charolado y duro, como el caparazón de ciertos insectos. Gentes que bajaron a encargos, a recados; a sacarse una muela, a vender, a comprar. Había un tufillo animal, dentro del autobús, empañando ligeramente los cristales de las ventanillas.

El motor, cerrado en su larga caja, se quejaba opacamente, hacía temblar una muñeca que pendía del parabrisas. Los árboles, castaño y plata, se difuminaban en el cielo. El frío había llegado.

Desvió los ojos del chófer, del hombre del café.
En el muro rojo de iglesia brillaba con pintura blanca una flecha indicadora.

Entrecerró los ojos. Un sopor lento, resbalaba por sus párpados. Y, de pronto, las vio. Dos mujeres allí delante, como brotadas espesamente de la tierra. La una parada frente a la otra, las dos de negro. Estaban así, mirándose. Quizás una de ellas movía los labios, débilmente. El brazo de la una, extendido, y la mano apoyada en el hombro de la otra. Eran dos mujeres quietas, hablando, mirándose. Las había visto, días atrás, aguardando, en el patio de la cárcel. En aquella mano, sobre el hombro de la compañera, había algo pesado, confuso y zozobante. Quieta y oscura, con dedos anchos, pesada como una pala, en el hombro de la otra.

(Me acuerdo de las manos de Jeza, que eran largas, de nudillos un tanto salientes, de color moreno dorado, como corteza del pan. Unas manos duras, útiles. Casi siempre yo miraba sus manos, cuando le hablaba. Sus manos, mucho más reveladoras que su rostro. Y las manos de Jeza han surgido, ahora, como esas mujeres, de la tierra grasa y aglutinada, de la tierra pavorosa, desde sus muertos, para gritarme. Las manos de Jeza se han levantado entre el sopor, en medio de las dos mujeres enlutadas. Están ahí, abiertas, como un monstruoso abanico).

Saltó del asiento, tropezante, y fue hacia la portezuela. Temblaba, como un cobarde. Dijo una mujer:

-Anda, mira qué...Todo el rato parado, y cuando vuelve el chófer, se le ocurre bajar.

El chófer, acababa de tirar bruscamente la colilla al suelo. La aplastó bajo el talón, y volvía al coche, frotándose las manos. Chocaron en la portezuela:

-¡Que nos vamos...!

No hizo caso. Salió del autobús, como un perro encerrado, que ve, de pronto, la libertad.

El chófer se asomó a la ventanilla, gritándole.

El viento levantaba su pelo, negro y sucio. Las mujeres hacían gestos, mudos, estúpidos, levantando las manos, allí dentro, al otro lado de los vidrios empañados. Alguna risa. El chófer gritaba:

-¿O sube, o qué?

El seguía quieto, con las manos en los bolsillos, súbitamente envuelto, azotado por el frío. El chófer dijo:

-¡Que me voy...!

Arrancó el autobús, y, tras el humo negruzco, y el olor a gasolina, aparecieron de nuevo, como tras un telón: las dos mujeres, una frente a la otra, enlutadas y hablándose. La mano de la una sobre el hombro de la otra.

(Me acuerdo de que Jeza hablaba poco. Solía quedarse así, parado, escuchando; y , de repente, levantaba una mano: extendida, la palma hacia fuera; y aquella mano lo borraba, lo absorbía todo. O la dos manos, súbitamente cruzadas, con los nudillos tirantes. Jeza decía pocas cosas, pero cosas que se escuchaban. Jeza hacía mucho más de lo que decía. Pero Jeza ya no puede hacer nada. Jeza ya no es nada, apenas eso: un sobresalto, unas manos alzadas de entre los muertos. Y los muertos, ¿Qué cosa de particular tienen los muertos ahora?)

Una de las mujeres dijo:

-Ha perdido el auto

Le estaban mirando. Seguían con el brazo entre ellas dos, como una rara alianza. El dijo:

-Sí.

La mujer que tenía la mano sobre el hombro de la otra, le miró de arriba abajo. Tenía el pelo oculto bajo un pañuelo negro, anudado en el cogote. La otra aparecía sumisa, como dulcemente amodorrada por el peso de la amistad, de aquella mano amiga en su hombro. Así, al menos, se lo parecía. Como si la una estuviera consolando a la otra de algo grande terriblemente sencillo, como la muerte.

-¿Se le escapó, o lo dejó ir?

Quiso contestar, pero no podía decir nada.
Y la mujer se encogió levemente de hombros, para añadir:

-Lo pregunto, porque ese chófer es tan animal, el pobre...Por eso le preguntó, no por más.

-Lo dejé ir.

La mujer hizo un gesto vago, con la cabeza.

Luego miró a la otra, que seguía sumisa, espesamente dormida en aquella mano. Se despidieron, se apartaron la una de la otra. Se fue primero la que no había hablado, con pasitos de cabritillo perdido, arrebujaada, los brazos cruzados sobre el estómago. La otra, se volvió una vez más a mirarle, antes de ir hacia el puente.

El sol había caído, todo aparecía envuelto en un frío azul, fosforescente. La flecha blanca indicaba un desconocido camino.

(Cuando vi a Jeza tendido, terroso, los ojos abiertos, pensé: *Nunca más sonreiré, nunca más me podrá parecer alegre ninguna cosa, nunca más tendré gusto por alguna, en esta tierra.*

Y, sin embargo, ha seguido todo, como antes. Como antes de conocerle, incluso. Jeza ha muerto. Muerto, y nada más. Casi nunca hablaremos de él. Como si no hubiera nacido. Está muerto, eso es todo, muerto, y rebasado por los que vivimos, y seguimos respirando todos los días. Riéndonos, llorando, rabiando, alegrándonos, callándonos. Vivos y pisando la tierra, amasada de rostros y ojos y manos como Jeza, y huesos, como Jeza. Así es, y no hay que darle más vueltas. Jeza ha muerto, la cara pegada a los huesos como una corteza de barro que fuera a cuartearse de un momento a otro. Y los ojos, no son nada: ni siquiera las doradas y viscosas hojas de la última primavera, sobre la tierra quemada. Ni eso, siquiera. Ni terror daban, siquiera. Muerto, y solo muerto.)

Interrumpió por la esquina un tropel de muchachos, gritando. El primero, de unos diez años, de piernas cortas, con calcetines negros.

(Un cobarde, sólo soy un cobarde, dejando escapar el autobús, bajando tres, cuatro, cinco-no lo sé exactamente-, pueblos antes, para no tener que

enfrentarme con ella, con sus ojos redondos febriles, sus ojos de muchacho- nunca podré pensar que tiene ojos de mujer-, y decirle lo que me está royendo. La miraré, me acercaré, y ella me estrechará la mano. Y me preguntará, sin palabras, simplemente con los ojos, con el gesto: con el movimiento rápido de echarse hacia atrás los cabellos, ¿y *Jeza?*)

El tropel de niños se detuvo. El muchacho de los calcetines negros le miraba, con la boca un poco abierta. Era un niño, sólo un niño, y, sin embargo, ya se le transparentaba en las facciones el hombre que sería: (el hombre sensato, fuerte, impío, irreprochable, que será, le empuja de dentro afuera el abombamiento de la frente, los globos de los ojos, la ensalivada boca entre abierta). Sintió una ira rápida y estéril.

-¿Qué miras? ¡Lárgate!

El niño miró a sus compañeros y alzó un hombro. Llevaba en su mano derecha un aro de alambre, sujeto por un gancho de hierro. Le trajo, un tiempo, unos días, una voz que le mandaba callar: el hijo del carnicero tenía un aro como aquél. (Esos aros, ya no los utilizaban más que los niños de los pueblos perdidos. Ya no los usan en las ciudades, los niños...) El muchacho habló algo en voz baja, con sus compañeros. Una risa tímida les zarandó, cruzó sus pequeñas bocas movibles, rauda y un poco asustada, como una lagartija. Se perdieron otra vez, gritando, con un ruido como de cables golpeados: todos llevaban aros de alambre grueso, sujetos con ganchos de hierro. Hacían carreras. Se lanzaron, carretera abajo, entre las hileras de los castaños, más allá del puente. Un resplandor, parecía acompañarlos ahora, en su destemplada huida. (Cobarde, cobarde, cobarde. Eso soy yo, un cobarde.) Volvió la esquina de la plaza.

Vio un café de grandes puertas, en la calle que subía hacia los aserraderos. Toda la calle se había puesto, de un golpe, a oler a madera.

Había veladores de mármol, con un agujero en el centro. (Seguramente, en el verano, incrustan aquí, sombrillas y parasoles desteñidos, recalentados, y el sol será como puñados de polvo, rojo y feroz, contra las fachadas). No había nadie en los veladores. Una mosca aterida trepaba ciegamente por el cristal de la ventana, por la parte de dentro. El mozo le dio con la servilleta que llevaba desmadejadamente sobre el hombro, retumbó el cristal, y cayó la mosca. El mozo le sonrió a través del cristal, sin ningún calor. Luego, dio la vuelta, se acercó:

-¿No tiene frío? –le dijo-. Nadie se sienta ahí, en este tiempo. Dentro tenemos encendida una buena estufa.

Nadie se sienta aquí ahora. (Todos hacen lo mismo. Un grupo dice lo que se debe, o se puede hacer. Los otros imitan, obedecen.) Entró. Por la boca abierta de la estufa, fojeaban las llamas. El mozo parecía ahora satisfecho, hurgando en el fuego con un ganchito, abriendo y cerrando la

pequeña ventana. Era como un grande y hermoso juguete, del que estuviera muy orgulloso. Le miraba, de tanto en tanto, y le sonreía:

-Calienta, ¿eh?

-Sí. ¿Hasta cuándo no sube otro coche?

El mozo hizo un gesto vago.

-Ya vi, se le fue en las narices... pero ese chófer... ¿Lo dejó ir a propósito, o se le fue?

Se limitó a desenvolver despacio los terrones de azúcar. Sobresalía uno de ellos de la diminuta taza marrón, y se iba tiñendo menuda y rápidamente de café, derritiéndose.

-Bueno –dijo el mozo-. Sale otro, mañana por la mañana, a eso de las once. Pero sólo llega hasta el empalme...

Dijo un nombre que no le inspiró ningún sentimiento, que no le traía nada a la memoria.

-Luego, sólo hay uno, a la tarde... Vamos, el suyo: ya sabe.

El café, aguado y demasiado azucarado, tibio, se enfriaba, definitivamente, en el fondo de la taza.

-Es bueno –dijo el mozo, con un débil parpadeo. En aquel parpadeo había sumisión, modesto contento, perplejidad, admiración-. Es bueno, el dueña ha traído una máquina muy buena. Creo que es la mejor que hay aquí.

Manuel le sonrió débilmente, y pagó. Se inclinó sobre el dinero, y , de pronto, su sonrisa desapareció, sus ojos se secaron. No había propina.

-¿Sabe dónde puedo pasar la noche?

-Aquí tenemos habitaciones –de nuevo la sonrisa afloró, esperanzada.

Le despertó un fuerte olor a lejía, y la canción desafortunada de la criadita. El sol entraba por las persianas, no había cerrado los postigos. Tenía sed. Miró en seguida el reloj, con temor de que hubiera pasado la hora. Pero en seguida recordó: *no, el de las once no llega mas que hasta el empalme*. Como si sus pensamientos se hubieran puesto a gritar, como la voz de la mucha que fregaba el rellano, allí, justamente detrás de la puerta, el mozo aporreó la puerta y dijo:

-¿Cuándo? –su corazón se puso a barbotear sordamente, como un viejo destemplado motor.

-Ahora...dentro de veinte minutos, dicen.

-Bien, voy en seguida.

Había un lavabo desportillado, de porcelana, con una jarra. Se la echó por encima de la cabeza y la nuca, con un estremecimiento.

Salió al rellano, sus orejas ardían. El mozo le preguntaba: ¿Café? Con la esperanza de volver a usar la máquina. En el rellano, un antiguo reloj de comedor, señalaba las diez y media. Miró otra vez el suyo con estupor: en la pequeña luna las agujas marcaban las siete y dieciséis.

-No haga caso, está parado – rió el mozo, disparado escalera abajo, hacia la cafetera, lleno de inefable placer. Sus manos manejaban con febril voluptuosidad la máquina. Un vapor ruidoso y cálido empañó el metal. Le sirvió la tacita con una sonrisa de ensueño, sosteniendo el platillo con las dos manos.

-Bueno, bueno –dijo el mozo, mirándole, frotándose las manos -. Y ve, me dijeron: *sale uno para allí, y me dije; voy a avisar al joven de ayer, el que perdió el autobús...*

Bebió un sorbo de café. En la calle fría, dos hombres cruzaban envueltos en sus abrigos, y una nubecilla de vapor salía de sus bocas. En la esquina de la plaza, sobre dos toscas puertecillas pintadas de amarillo habían escrito con letra roja. MUJERES Y HOMBRES. Por debajo de las puertas desbordaba la humedad y un fuerte olor a amoníaco.

-Es un taxi –dijo el mozo, precediéndole.

A la luz pálida de la mañana su chaqueta tenía el amarillo de los viejos manteles guardados en el arca-. Mire: le salieron dos clientes y le sobraba un asiento.

Sintió un repentino malestar, y como si la débil sonrisa que flotaba en torno al mozo cayera al suelo, en torno a ellos dos, como una lluvia de arena. Se sintió miserable. (Ir a decirle: no pienses más en el, no esperes nunca noticias de él. Tienes que saberlo de una vez, está muerto.)